

Un agradable pasajero

EVELYN SCHLAG

Cuando abrí la puerta del compartimiento él debió haber introducido algo en su portafolios. Estando de pie se reclinó contra el respaldo y asintiendo respondió a mi pregunta de si aún había lugar. Mientras pasaba con dificultad junto a él adquirió forma el pensamiento de que tenía una cara peligrosa. Seguía de pie en aquella incómoda posición y me estaba mirando cuando me quité el abrigo y lo colgué. Yo no podía esperar a describir para mí esa cara, esa mirada y ese corte de pelo. Los dos nos sentamos. Anoté en mi libreta de kilometraje los sitios que demarcaban mi viaje. Sólo entonces me percaté de que alguien más se encontraba en nuestro compartimiento. De inmediato consideré al tercero un aliado, aliado conmigo. De cuarenta años, barbado, el cabello un tanto largo y escaso en las sienes. Leía una novela policial de Ian McEwan de la editorial Diógenes. Tenía las piernas muy estiradas, las manos con el libro negro descansaban sobre su estómago como si sostuviese un devocionario.

Hasta ese momento sólo había percibido fugazmente la cara del otro compañero de viaje. Cuando vino el inspector yo esperaba que mirara al peligroso con especial atención, la cual me daría la razón. Mas su mirada pasó por encima de él como por un cándido pasajero que había cumplido con lo más importante, poseer un boleto vigente. No confié en la experiencia del inspector con la gente. Únicamente su desconfianza o su inquietud me hubiesen tranquilizado. Le alargué mi libreta de kilometraje, calculó mi saldo sobrante y me la devolvió con un "gracias".

Por fin pude, más bien, tuve que mirar a la cara a mi vecino de enfrente. Lo toqué con los ojos brevemente como un reflector de penitenciaría que está ajustado de tal forma

que no se detiene aun si algo sospechoso salta a la luz. Mi mirada no debía traer ninguna consecuencia. Percibí aquel cráneo duro, largo, los temporales; su pelo era bastante corto y sólo muy arriba, en torno a la coronilla, de una longitud de unos dos centímetros. Algo oscuro y aguzado en sus ojos agujoneaba. Miré aburrída a través de la ventana al tiempo que en mi cabeza daban vuelco los pensamientos. Mirada maligna. Neonazi, pero no golpeador. Ese anticuado... El tren dio unas sacudidas y tomé eso como autorización para volver a tocarlo con una mirada furtiva. El mal emanaba de aquellos quevedos que traía en la nariz. Los quevedos y sus pantalones grises, demasiado subidos y sostenidos por tirantes blancos, estaban en contradicción con sus mejillas jóvenes, su piel joven, pálida. No podía tener más de veinte años a pesar de las entradas que casi le llegaban hasta las sienes. Tenía también las entradas como el otro compañero de viaje. Una ojeada más: ojos negros que me ahuyentaban. ¡Prohibido el paso! ¡Campo minado! ¡Cuidado con los perros!

Afuera se extendía sobre el paisaje una nítida luz de latón. Era octubre, ya había nevado y después soplado el viento del sur. Poco a poco fue llevándose a cabo un otoño decente. Muchos árboles estaban ya medio pelones. Por aquí y por allá reverberaban algunos ásteres violetas cual vitrales de iglesia, con una luz interna. Los campos fulguraban negros, mostrando sus lomos y surcos. Contra los árboles se apoyaban los llenos sacos de plástico grueso. El lector de la novela policial volvió la página.

Mi curiosidad era tan grande que tomé aquel ruidillo del cambiar de página como legitimación para mi siguiente mirada. Aún no había observado prolongadamente al peli-

grosso. Con cada mirada descubría únicamente una particularidad. En su mejilla derecha, atravesándole el pómullo, lucía una raya de piel rosada. El tipo de piel que crece encima de una herida profunda. Era el restablecimiento de una cortada de sable en el rostro. No sable, golpeador le llaman a esa arma. Así sana un *schmiss*.¹

El tren venía de Viena y se dirigía a Bregenz. Era sábado, ya había pasado media tarde. Aquel fin de semana tendría lugar en Innsbruck un llamado Convite de libertad de las corporaciones estudiantiles. Todos los partidos tiroleses, salvo el FPÖ,² se habían pronunciado en favor de la suspensión de aquel evento. Se anunciaban manifestaciones. Se temían disturbios de "ambas partes", como se dice oficialmente. Más de mil policías se dispondrían a salvaguardar el orden y la seguridad en la capital del estado tirolés.

Él llegaría demasiado tarde. Alguna cosa debió haberlo retenido en Viena o en alguna otra de las estaciones antes de que yo abordara. Aunque llegara a Innsbruck ya se habría perdido una parte de los discursos. Se irguió impaciente como si compartiese mis suposiciones y conjeturas. Yo lo observaba o miraba mi reloj o ambas cosas a un tiempo. Las escasas cejas de su cara lampiña estaban fruncidas. Un enfado que no quería desaparecer se había posado allí. A veces los niños se ven así cuando se toman prestada una mueca de adulto.

Respiré hondo y extraje de mi bolso el *Poetry Review*. Hojeé la revista, encontré una entrevista a Miroslav Holub y empecé a leer. Holub hablaba de mi compañero de viaje. Eran los pantalones grises tan subidos que le daban a ese joven algo de alemán viejo. Eso y los quevedos. Tenía algo de Theo Linggen, pero sin su humor especial. Habían tomado a Theo Linggen por las piernas, volteado y vertido su humor. Me quedé pensando si Theo Linggen no se llamaría Lingens. A los trece o catorce años, cuando veía sus pelícu-

¹ Literalmente en castellano significa tajo, costurón o cicatriz que deja la herida después de sanar. En el rito de iniciación de las *Burschenschaften*, corporaciones estudiantiles, se hace una herida de sable en el rostro como prueba de honor y valor, a esto se lo denomina en su jerga *schmiss*. Muchas de estas corporaciones elitistas y pangermanistas, cuya fundación fue a inicios del siglo XIX, son además partidarias de ideas y tendencias nacionalistas, conservadoras y derechistas. Por su antisemitismo y simpatía con el régimen nazi jugaron un papel fundamental en las llamadas "limpias raciales". De ahí que tengan una connotación negativa. [N. de los T.]

² Siglas del *Freiheitliche Partei Österreichs* (Partido Liberal de Austria), de derecha, que ha despertado polémica en el país alpino por los vínculos de algunos de sus miembros con grupos de veteranos de guerra nazi y de neonazis. Con su política antiextranjeros ha ido ganando popularidad y simpatía entre la población austriaca, al grado de representar ya la segunda fuerza política en algunos estados [N. de los T.]

las, no hubiese podido imaginarme no saberlo. Ya en ese entonces a veces alguien lo decía mal.

Mientras mantenía la vista clavada en la pregunta que le habían planteado a Miroslav Holub al inicio de la entrevista y mientras Holub parecía pensar interminablemente una respuesta, tomé en consideración el preguntarle rápidamente al estudiante corporado a qué hora llegaríamos a Innsbruck. En caso de que pudiese decirme de inmediato la hora, tendría la prueba de que sí iba a aquel Convite de libertad. Deseché tal idea por tonta y barata. Después de todo: ¿de qué me serviría esa prueba? ¿Qué era pues lo que quería comprobar?

Levanté los ojos con una expresión de no haber comprendido, como si el texto me hubiese rechazado. Contemplé su cara y su cuerpo durante unos segundos más que las anteriores veces. Me quedé mirando a mi vecino con un vacío que sentía casi palpable en mis mejillas y debajo de mis ojos. Él había estado observando a través de la ventana, pero rápidamente volvió la mirada hacia mí. Sus ojos negros eran dos cañones de fusil, debajo de su piel blanca parecía no circular sangre. Si se le tocara la mejilla le brotarían chispas heladas.

Me quedé con la imagen de las hombreras de su camisa y la llevé conmigo a la lectura de la revista. Las hombreras estaban comprimidas por tirantes igualmente blancos. Me volvió a mantener ocupada ese curioso estar-metido-en-los-pantalones. Estar colgado en sí mismo. Miré a sus zapatos. Las perneras eran amplias, los botines atados, negros, llegaban más allá de sus tobillos. No quedaban con los pantalones de señor. Las agujetas eran negras. Los zapatos más o menos limpios, sin suciedad del campo.

Crucé mis piernas cambiándolas de posición. A la derecha aparecía el palacio de cristal posmoderno de una tienda de plantas. Algunos días atrás había estado allí para comprar rosales. En una de las galerías dos papagayos habían estado lanzando gritos para prevenir a los clientes de comprar unas pérgolas feas. Al día siguiente leí en el periódico que un estudiante del pueblo vecino de dieciocho años había exterminado a su familia con una escopeta de caza. Entre cada ejecución hubo un espacio de dos horas, debido a que no todos los miembros de la familia llegaron a casa a la misma hora. Dos hermanas habían sobrevivido porque trabajaban o estudiaban en otros lugares. El muchacho fue a impactarse en el auto contra un muro de concreto. En la cinta magnetofónica de despedida se quejaba de lo fácil que fue adquirir una escopeta.

De pronto apareció en la ventana al pasillo un chico rubio. Llamó a la pared de cristal, al brazo adentro de la cami-

sa blanca. El chico de tres o cuatro años daba golpes con su puño claro que me hacía recordar la madera clara de las habitaciones para niños. Sonreí como una mujer que obedece a su instinto y debe sonreírle felizmente a cualquier niño. Mi mirada se cruzó con la mirada disgustada del hombre. Volvió a apartarla de mí en seguida. Había colocado sus codos sobre los apoyos del asiento. El niño traía en la boca un chupón de complicada constitución. Figuras de madera coloreadas pendían del aro del que partía al otro extremo el chupón de plástico, una foca verde haciendo malabares con una pelota y un payaso. Me preguntaba si aquel colgajo en la barbilla no le lastimaría al niño. Estuve pensando que ese niño, guarnecido con la vanidad de sus padres, venía a hacer el terror aquí, su pequeño, alegre y buenhumorado terror.

Al rato el brazo blanco dejó de ser interesante y el chico continuó correteando. ¿Lo habría fastidiado aquel niño?, me pregunté. ¿Habría notado su cabello rubio? ¿Se le habrían ocurrido los términos adecuados: raza nórdica? ¿Lo habría puesto anímicamente en contra de un niño turco de piel oscura? ¿Estaría disgustado porque, después de todo, el pequeño perturbó su tranquilidad? Falta de disciplina. Cría izquierdista.

El hombre abrió las manos tensándolas sobre sus muslos. Noté que tenía uñas perfectamente mordidas, nada de cantos mordisqueados. Quizá hasta con tijeras se las había cortado demasiado. No se podría decir que sus dedos delatasen algo. La camisa estaba impecablemente planchada. La tela de los pantalones parecía cara. Los tirantes eran de un material blanco que resultaba casi moderno.

Cuando tuve que toser me llamó la atención que hasta entonces no se había escuchado ningún sonido suyo; nada de carraspera, tos o deglución sonora. Saqué de mi bolso una pastilla para la tos y quité la envoltura. El dulce chocaba contra mis dientes cuando lo revolvía en mi boca. Me imaginaba que debía oírse cómo mi lengua hacía chasquear la saliva alrededor del dulce.

El tren pasaba frente a una dehesa en la que corrían tres caballos blancos. Me incliné para ver mejor a los animales. Pronto me sentí como una "de la chusma". Me vi como pensé que el hombre me habría visto. Con eso intenté sacar deducciones sobre él. Suspiré como si el trayecto me estuviese aburriendo aún más después de que pasara la distracción de los caballos y eché una ojeada al cielo, luego al portaequipaje. Ropa negra. Se distinguía la manga de una chaqueta, muy abajo un portafolios.

Corrí el pulgar por el pliegue de la revista de literatura. La abrí de nuevo y leí que Miroslav Holub en su segunda pro-



Plumier

fesión como científico realizaba experimentos con ratones sin pelo. Investigaba las reacciones del sistema de inmunidad a las frías temperaturas ambientales. *Cool ambient temperatur. Ambient* como ambiente.

Las ganas de toser no querían ceder. Mientras intentaba aminorar mi tos me acordé de otro viaje en tren. Había viajado en el tren de noche a Suiza. Cuando abrí la puerta del compartimiento todo estaba a oscuras, el único pasajero era un hombre dormido que había extendido el asiento de enfrente. Lo desperté. Era amable y sólo hablaba mal alemán. Era albanés, trabajaba en Viena, viajaba para visitar a su hija en Schaffhausen. Me ayudó a preparar el otro asiento para la noche. Con mi abrigo afelpado me acosté a su lado y empezamos a conversar bajo la luz opaca del vagón. Con muchos intentos le pregunté qué opinaba respecto a la expli-

cación de que Amselfeld llevara el nombre de las viudas que tras la batalla deambulaban por las praderas, en busca de sus esposos muertos. Le pedí que me enseñara algunas frases en albanés. Volví a sentarme y escribí las palabras en mi cuaderno de apuntes; mi manga se deslizó y me colgaba hasta los nudillos de la mano. El albanés me sostuvo la manga mientras yo escribía. Ya pasaba de media noche. Él apagó la luz. Un rato después posó su pesado brazo sobre mis caderas. Tomé el brazo y lo retiré. Él suspiró y se durmió en seguida.

Por el altavoz anunciaron que en breve llegaríamos a St. Valentin. Nadie se apeó. Apenas había parado el tren cuando ya partía de nuevo. Vi que el muchacho continuaba con sus dedos tensados sobre los muslos. Intenté imaginarme cómo sería el contrincante de aquella ropa planchada y almidonada. Contra qué se rebelaría esa forma de vestir y medio raparse: cabeza fría y pies calientes listos para marchar. ¿De cuál mueble de la casa de sus padres se acuerda usted? Escogí por él muebles diferentes. Un vetusto bufete alemán con cortinillas amarillas detrás del vidrio. Contadas galletas de navidad en una fuente de cristal. Me esforzaba en ver en ese joven algo distinto de las ideas transmitidas de un padre, mas no lo conseguía. El aspecto antiguo de esa cara, de esa postura, era algo indemne. Algo que no había surgido de una disputa doméstica, sino que había sido adoptado. Ese muchacho era la edición rejuvenecida de un padre.

A la izquierda se situaba Enns con su *skyline* medieval. Entrecerré los ojos, oí el eco del sonido de la palabra *skyline*. El primer plano de campos, bodegas y silos agrícolas se hizo borroso. Los grandes y blancos bultos de plástico, que hacía algún tiempo se habían puesto de moda como depósitos móviles y en que el forraje fermentaba, flotaban como la espuma del mar. La pequeña ciudad se mecía en su sitio como un gran bote, las torres eran sus mástiles. Sobre los muros, los tablonés, se inclinaba una presencia invisible y remojaba su mano. Si tuviese que morir y presentarme ante un tribunal ahora...

El lector de la novela policial se incorporó y colocó su libro sobre la mesita abatible de la ventana. Faltaba poco para llegar a Linz, un cuarto de hora más y yo podría bajar. La contradicción que se encontraba en el compartimiento ya no sólo provocaba curiosidad. Me sentía fatigada. Cansada de una manera que una no se permite dado que no tiene esfuerzos físicos que comprobar. Las pequeñas letras de la entrevista al poeta checo conformaban un código secreto cuyo sentido no deseaban delatar. Para ello necesitaba a una más fuerte. Súbitamente me invadió una angustia de

haberme vuelto demasiado tonta para ciertos textos. Agotada mentalmente habían disminuido mis capacidades. Ya no entendía lo que allí estaba impreso y que calcaba las lógicas deliberaciones de un autor, el cual era apreciado por sus formulaciones bien concretas.

Me remonté a otras imágenes. Hacía algún tiempo que mi esposo y yo recorrimos en auto aquel trayecto en sentido opuesto. Detrás de nosotros se había extendido una abultada y exagerada puesta de sol. Kremser Schmidt, el convento St. Florian. El paisaje celeste, contemplado por mi esposo en el espejo retrovisor y por mí sentada al revés, había permanecido como un fenómeno natural inalterado para el que trescientos años no contaban.

La puerta del compartimiento se abrió de un tirón. Un muchacho de colores se había atorado con su mochila de campista. Rojo, azul, amarillo. Una hebilla amarilla había quedado enganchada al marco de aluminio de la puerta. Como un ángel, el muchacho estiró su mano hacia atrás, liberó su pesada ala, arregló la carga y se alejó esbozando una sonrisa. Como nunca antes, en ese momento experimenté un odio enconado contra aquel antagonista gris-blanco y sus quevedos negros. Me hubiese gustado vociferar: ¡Abajo los pantalones! ¡Fuera quevedos de la nariz! Un instante después lo odié por el lenguaje que en mí provocaba.

Linz, la ciudad del *führer*. Empresas Hermann Göring. La galería de arte planeada del Tercer Reich. Concluí mis asociaciones como si yo misma fuese aquel mozo convencido. "Rezagado", pensé. Vi cómo miraba preocupado hacia afuera. Era muy probable que únicamente deseara que nadie más entrara en el compartimiento, que no prodigara pensamientos en torno a la ciudad del *führer*, en tanto yo intentaba imaginar la Linz de bloques color marrón, la ciudad elegida para albergar el gusto del dibujante de academia rechazado.

Recordé a mi amigo de Hamburgo que desde hacía años pasaba su tiempo en los archivos e intentaba mantener despierto el recuerdo del holocausto. Las líneas estaban bien trazadas. Allá se encontraba mi amigo con su horrendo conocimiento, aquí este espectro que tendría ya sus consignas. Ni aun el más exhaustivo trabajo lograría invertir la polaridad de este cerebro. Ningunos argumentos, ningunos informes, ningunas fotos. La angustia de muerte en determinado rostro desconocido sería para él tan sólo *un rasgo distintivo de la raza*.

Recordé aquella noche de hace dos años en el teatro Yiddisch de Varsovia. El público se encontraba en el vestíbulo y esperaba a entrar. Junto a las paredes los actores

con su vestuario, en posiciones congeladas: vecinos de un barrio judío que observados de cerca parecían un poco demasiado pintorescos en su pobreza. Luego se efectuó un extraño movimiento en todos, un desplazamiento que se hizo también extensivo al público. Sólo hasta entonces advertí que el piso estaba un poco en declive. El pateo de muchos pies fue acallado por comandantes de pasos regulados. Dos uniformados con sables que estuvieron parados al fondo del cuarto habían empezado a empujar hacia una puerta a todos quienes se encontraban allí. Aquí y allá se desteñían los fingidos gestos de la angustia y la sumisión. En la sala del teatro, que era mucho muy grande, todos encontraron asiento en alguna parte. La gente se calmó, aquel andar a trote había cesado, también la respiración dificultosa faltaba en ese instante. Abajo, en el escenario, se iba desplegando lentamente una tragedia. Un pope, un sacerdote y un rabino. Letras hebreas en pancartas que parecían haber sido pintadas con fango de la calle del pueblo. Se sostuvieron disputas, se discutió sobre la pequeña plaza del pueblo. Yo sólo entendí lo que ya sabía. Después los sables se impusieron de nuevo. Los caftanes huyeron, abandonando el escenario. Buscaban refugio entre las hileras de butacas del público, pasos largos persiguiéndolos. "Aquí no, aquí no". Yo junté las rodillas y apreté mis piernas hacia un lado para hacerle sitio junto a mí a un extraño envuelto de negro. Me dieron miedo el sable y el rostro maquillado que lo perseguían. La vergüenza me invadió por todo el cuerpo, había averiguado algo atroz de mí.

Después de eso me vino en seguida un sentimiento de ira. Ira contra aquellos que podían contar siempre con el

consentimiento o la ingenuidad de los de su entorno cuando dejaban sus marcaciones antisemitas. Conocí a un sacerdote que había calificado de algo recreativo y socializador el reírse de *chistes de judíos*; los hijos de Dios tenían que estar alegres.

El lector de la novela policial no había descendido pero yo iba a bajar muy pronto. Ninguno de los tres pronunció una sola palabra durante aquel viaje en común. Cuando me ponía el abrigo, me pintaba los labios y por el espejo miraba un mechón de cabello, cruzó por mi mente todo cuanto sabía de aquel hombre temeroso: no había subido sus pies en el asiento de enfrente, o sea, junto a mí. No traía audífonos de los que salieran tonos retumbantes. No había despedido ningún hedor a cerveza, ni olor a sudor, ni a soltero desaseado. No había hecho intentos de fumar en el compartimiento de no fumadores. No había leído revistas pornográficas. No había arrastrado de aquí para allá, de aquí para allá las suelas de sus zapatos. No había estado succionando la mucosidad de su nariz para luego tragarla. No había traído consigo a otro cuyas medias frases procurara interrumpir antes de que aquél interrumpiera las suyas. No se había soltado a reír hasta parar en un exceso de tos bronquial, ni había estado triturando una lata de cola vacía, siguiendo el ritmo de una película en su mente, tampoco abriendo y cerrando, abriendo y cerrando la ruidosa tapa del contenedor de basura. No había estado enderezándose el miembro.

Había sido un agradable pasajero. ♦

TRADUCCIÓN DE RICARDO CORCHADO Y SABINA SCHERZER

